

Emitiendo.net, vol. I, 2013, pp. 5-9.

El miedo a morir por siempre.

Perdomo Barraza, Marcelo.

Cita:

Perdomo Barraza, Marcelo (2013). *El miedo a morir por siempre*. *Emitiendo.net*, I, 5-9.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/marcelo.barraza/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pFRg/O8K>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MIEDO A MORIR POR SIEMPRE

Marcelo Perdomo Barraza, arqueólogo

Octubre 28, 2013 | emitiendo.net

<http://emitiendo.net/el-miedo-a-morir-por-siempre/>

Aquel que tú lloras por muerto no ha hecho más que precederte.

Lucio Anneo Séneca (2 -65aEC)



La muerte está presente en el gran ciclo, no importa el oficio, condición socioeconómica, etnia o educación hasta los dioses temen cuando las Parcas cortan el hilo. Esta es una idea que podría sonar trágica, oscura, pesimista pero así es el mundo que habitamos.

Diversas culturas han registrado diversas manifestaciones, costumbres, concepciones, ritos, creencias, ceremonias y todos aquellos actos relacionados con la muerte. Los registros se observan en papiros, pinturas, esculturas, pergaminos, cementerios, poemas, cantos, criptas, tradiciones orales, tumbas y, hoy en día, en los registros fotográficos. Esos registros que generan tanto filias como fobias.

Un día en aquellos paisajes de Borgoña, a principios del siglo XIX, Niépce dio al mundo uno de los mejores inventos para recordar los momentos especiales de las familias: un invento que revolucionó la forma de congelar un recuerdo, un evento, un pasado. La pintura había hecho lo suyo, pero la fotografía en todas sus diversas formas y procesos permitieron capturar el momento exacto; para el objetivo de este documento, el memento mori.

Es así como la muerte y la fotografía se hermanaron creando la fotografía postmortem: ese documento gráfico que permite capturar el exacto momento en que las Moiras cortan el hilo. Esa práctica resultó muy familiar a finales del siglo XIX y principios del siglo XX –incluso vigente hasta la fecha con reservas: se trata de la fotografía que permite registrar el duelo, el silencio, el luto y al ser querido junto a su familia hasta el último momento.

Esa situación tan íntima, tan familiar, está ligada a un concepto que el historiador francés, Philippe Ariés, denomina le mort de moi: la muerte en su expresión más íntima, es decir, morir en casa junto a los tuyos. En este tipo de fotografías se pueden observar espacios familiares donde generaciones han convivido con la muerte desde una visión nostálgica de los temas medievales. Esas fotografías son una muestra del luto victoriano que engloba ese periodo; recordemos que la Reina Victoria –reina del Reino Unido de 1837 a 1901– perdió a su esposo el príncipe Alberto, quedó huérfana al morir su padre el Duque de Kent, el abuelo Rey Jorge III también falleció y su prima Isabel de York acompañó esta serie de defunciones.

En ese período, la tasa de mortalidad, incluyendo la infantil, variaba: algunos muestran un descenso hacia el segundo tercio del siglo XIX y otros hablan de un altísimo incremento en la mortalidad infantil. Pero ya sea alta o baja, lo importante en esta época es el estricto código social de la muerte: los súbditos adoptaron el dolor de su gobernante y generaron una serie de prácticas como la vestimenta de color negro en diferentes telas según la condición económica (ese color simboliza la ausencia de luz que se refería a la luz de la vida –una práctica romana que sostenía que de esa forma las almas de los fallecidos no penaban).

Además conservaban los mechones y joyas de los difuntos, los niños hasta cierta edad vestían de blanco con adornos negros y las mujeres no usaban joyas ni adornos. Se generaron periodos de lutos dependiendo del vínculo con el difunto, el cortejo fúnebre fue rígido, se crearon cementerios y tumbas y finalmente apareció la fotografía postmortem.

Estas fotografías mostraban la cara o el cuerpo entero, pero rara vez mostraron el cuerpo en el ataúd.

A inicios del nuevo siglo, con la aparición de los campos santos y las mejoras en las fotografías, se conocen de imágenes postmortem en los cajones para muertos. Pero todas las fotografías trataban de conseguir que el cuerpo diera la impresión de estar en un sueño profundo o de pie o sentado, con la ayuda de estructuras de madera o metálicas debajo de las ropas.

Los niños fueron fotografiados a menudo como si estuvieran tumbados en sofás, sillas, en la cama, al lado de sus juguetes favoritos o abrazados con sus hermanos.

Las exposiciones a las sesiones fotográficas eran largas, por ello se construían dichos soportes disimulados para sostener la cabeza y el resto de los miembros. De esta manera se evitaba que cualquier parte del cuerpo se moviera. A veces, algunas personas fallecidas, por la rigidez del cuerpo, se mantenían erguidas solas.

Los rostros que ya estaban demasiado deteriorados se giraban o se cubrían con las manos o les colocaban velos oscuros. Cuando se trataba de niños, el acompañante estaba sentado y su rostro era colocado sobre las piernas, como si tratara de un niño con pena que esconde su rostro entre el vestido de la madre.

Se mejoró el maquillaje, de hecho, se solía dar completa libertad a la persona encargada de tomar la imagen para vestir y disponer del cuerpo como lo considerara apropiado. Muchos de los fotógrafos de aquel entonces se convirtieron en auténticos expertos del maquillaje, llegando a obtenerse, en algunos casos, resultados muy espectaculares aunque también bastante patéticos en otros.

Los fotógrafos debían manejar el rigor mortis: la ausencia de expresividad en sus rostros, así que muchas veces, pintaban los ojos sobre los párpados; y en ocasiones, colocaban cucharas bajo los párpados para no mostrar el hundimiento del globo ocular. Los niños muy pequeños solían aparecer en los brazos de un miembro de la familia, generalmente la madre –existen pocos registros de padres sosteniendo a sus hijos– y los adultos fueron retratados a menudo en sillas o en conjuntos contruados o montados para la ocasión, y las flores se utilizaron ampliamente.

Por ello estas imágenes que hablan de le mort de moi, está tratado como un asunto profundamente privado, profundamente personal, íntimo, y no puede exponerse a los ojos de un público amplio: son fotografías familiares.

Para los dolientes es un recuerdo de su ser amado; para otros la experiencia puede producir repulsión, brutalidad, asco, temor o frialdad a pesar de que también se experimenta una tristeza humanista porque es alguien que ha fallecido. En estas fotografías, por un lado, se observa el cadáver como primer plano, pero también el doliente está inmerso en un segundo plano y anhela tener este recuerdo como una especie de herramienta memorística para la constatación que la muerte estuvo de visita, y de esta forma superar el miedo a la ausencia, el vacío, el duelo; en cierto modo lo que se busca es olvidar y negar la muerte.

Recordemos que tomar una fotografía de este tipo implicaba ciertos costos: estaban las famosas tarjetas de visita, las tarjetas de gabinete (mucho más grandes), las imperiales (aún más grandes) y las ampliaciones que en ocasiones eran del tamaño natural del fallecido. Cuando no se poseían buenas finanzas o como sucede en casos modernos la gente se endeudaba para pagar a un fotógrafo “especializado” y así tener un único documento que probaría la existencia de la persona.

Estas fotografías tenían dos propósitos: satisfacer a los familiares cercanos, a los que se encontraban en contacto directo y que querían honrar al difunto mediante las exequias, y el otro, convertirse en el documento emisario del deceso para aquellos que no podían estar presentes y no tenían otra vía de contacto.

De esta forma, la fotografía postmortem sirve como aglutinante del círculo de muerte-rito funerario-doliente-duelo. Y sin importar si los rituales se han modificado en el tiempo, esta fotografía sigue estando presente en el álbum familiar.

En las imágenes se ve al cadáver como descansando mostrando una evidente sugestión de “el sueño eterno”. Los cuerpos se preparaban para observarse apacibles, bien cuidados, tranquilos, sin ninguna lectura de muerte: las fotografías eran estéticamente perfectas y con el tiempo, las técnicas y las cámaras fueron perfeccionando esta expresión de la belleza de la muerte.

Este acto fotográfico de apoderarse de un momento tan “triste”, de una realidad inalterable como la muerte del otro es una muestra de cómo alejarse de la muerte detrás del lente, pero también ser parte del duelo al disparar abriendo el obturador.

Las cámaras permitieron ser una extensión casi inconsciente de registrar el momento, de recordar al fallecido con los vivientes en el mismo plano, en la cotidianeidad... en la mesa, en el comedor, en la sala, en el salón de bienvenida, en la cama junto a padres, hermanos, hijos, abuelos, amigos.

Las familias más acaudaladas europeas acomodaban el salón principal donde se realizaría el velatorio; que en las casas victorianas se conoció como el parlour, esta misma área años después se la conoce como living room o la sala de estar, pero ahora es una habitación donde se reúnen los vivos para evitar toda asociación con la muerte.

Todas esas fotografías tienen un aura de felicidad, como cuando se toma la primera fotografía del hijo recién nacido, el primer paso, el cumpleaños de la abuela a los 80 años, la visita de un familiar después de 20 años sin verse... la fotografía postmortem revive esa sensación de vínculo con el fallecido, esa ausencia-presencia de lazo afectivo.

Lo que más duele

Sobre este sentimiento de afectividad entramos en un tipo de registro postmortem especial, la fotografía de la muerte perinatal: la pérdida de un recién nacido es quizás una de las muertes con mayor carga emotiva; ya que luego de semanas y semanas esperando su nacimiento que éste termine en horas o días hace que la pareja tenga que vivir un auténtico duelo en la más absoluta soledad.

Se trata de un protocolo fúnebre de bienvenida y despedida en ambos lados generando una serie de rituales muy particulares: ponerle un nombre si aún no lo tiene, cortar un mechón del cabello, atesorar recuerdos físicos (brazalete del hospital, manta donde fue recostado, un juguete que nunca utilizó) y sobretodo un documento gráfico como la fotografía.

En algunos casos los padres no pueden enfrentarse al cadáver, no es posible “verlo”; pero investigaciones recientes señalan que los padres eligen enfocar su atención en una parte del cuerpo y solicitan a las autoridades hospitalarias –algunos tienen ese servicio especial, fotografiar determinada área como recuerdo. En nuestra era victoriana la fotografía postmortem fue de gran importancia generando lo que se conocen como “los angelitos”.

La muerte del angelito significaba su unión al coro celestial de ángeles del Señor, era la voluntad de Dios que nunca era ignorada y se recibía con resignación, y con la esperanza de momentos mejores tras la muerte.

Se crearon incluso álbumes especiales de imágenes postmortem infantiles.

Esta práctica histórica no es de exclusividad centroeuropea, también se traslada a América anglosajona con las mismas fronteras cronológicas y conlleva el mismo proceso: pintura, daguerrotipos y fotografías. Luego esta práctica se traslada a Latinoamérica donde existen ejemplos de profesionales que “retratan cadáveres a domicilio, a precios acomodados...”, como reza un anuncio en un periódico argentino.

Algunos fotógrafos eran Francisco Rave y su socio José María Aguilar, Tomas Helsby, Bartola Luigi con su socio Aldanondo Antonio, Daviette en conjunto con el profesor Furnier, Rafael Castillo y el estudio de Villroy Richardson.

Pero en el siglo XX, las imágenes postmortem se fueron “actualizando” con las nuevas tendencias y tecnologías, y también los fotógrafos generaron una nueva estética fotográfica: comenzaron a colocar a los fallecidos en nuevos ángulos y perspectivas: ya no se buscaba el cuerpo entero o el rostro, sino detalles como las manos, con desenfoques selectivos muy controlados, primerísimos planos de ciertas zonas del fallecido, o bien imágenes muy cercanas al fotoperiodismo actual.

El oftalmólogo Stanley B. Burns fue el creador, conservador y propietario de La Colección Burns – la colección privada más grande de la fotografía médica temprana y documental del siglo XIX.

Se conocen más de 700.000 imágenes en todas las formas, Burns recogía fotografías de afroamericanos, latinos y asiáticos para dar a conocer este material y promover a recolección y preservación de las instituciones que trabajaban con estos temas.

En 1990, el doctor Burns publicó dos tomos de fotografías postmortem de América anglosajona: *The Sleeping Beauty* y *Memorial Photographic in America* primer tomo; y de

Europa en un período más extenso: Le dernier portrait, segundo tomo, actualmente agotado y robado de la mayoría de las bibliotecas como lo dice el mismo autor.

Según el escritor estadounidense John Updike **se trata de un libro inquietante y repulsivo, que abrimos con dificultad aunque dentro sólo hay quietud y ternura.**

En el siglo XX, esta práctica fotográfica postmortem olvidada se reactivó cuando las cámaras fueron más accesibles: recordemos las tipo Polaroid o las populares Kodak.

Ahora las cámaras digitales y semiprofesionales permiten realizar fotos de funerales cercanos sin intermediarios.

Incluso ahora los retratos postmortem perinatales se están volviendo a tomar en el lugar más improbable de todas las localizaciones: las salas de maternidad. Según los psicólogos ayudan a superar este tipo de muerte.

La ONG estadounidense Now I lay me down to sleep trabaja con 7,000 fotógrafos voluntarios en 25 países. Desde 2005 realizan sesiones gratuitas en las que los padres posan con sus bebés muertos. Es la puesta al día de la tradición victoriana: encuadres poéticos, filtros suaves y la magia del Photoshop consiguen que los niños parezcan dormidos.

“Estos retratos pueden parecer morbosos, pero es que la gente no puede imaginar lo que significa olvidar el rostro de alguien de quien no guardas una sola imagen”, dice Sandy Puck, fundadora de la ONG.

“Si encuentras en el desván la foto de tu tatarabuela muerta, lo más probable es que la tires; sin embargo, hace tres generaciones estas imágenes se encargaron con todo el cariño” – Stanley B. Burns